

Una imagen del mundo

La metáfora de un chico en busca de un galeón

Un millonario inocente

Stephen Vizinczey. Traducción de Ana María de la Fuente. Seix Barral. Barcelona, 1989. 398 páginas. 1.400 pesetas.

JUAN CARLOS SUÑÉN

"Cada relato es fragmento de un gran relato, el relato de la historia de la humanidad". Con esta expectativa que encierra más que una opinión literaria, una ambición, prepara Vizinczey a su lector para una de las más amenas novelas que hemos leído en mucho tiempo, pero también una obra que está muy cerca de ser soberbia. Queremos decir esto enseguida para quitarle hierro a las objeciones que, sólo a partir de tal afirmación, podrían hacerse a esta segunda novela publicada en castellano por el autor de *En brazos de la mujer madura*.

Lo primero que salta a la vista es que el autor no piensa escatimar ninguno de los elementos que pueden hacer de un relato un éxito de ventas (desde la escena erótica al asesinato,

pero también desde el general San Martín a Adolfo Suárez). La novela está estructurada sabiamente, escrita en un tono cordial pero potente, y su linealidad tan sólo se interrumpe para advertirnos brevisísimamente de tal o cual acontecimiento futuro. De ese modo, el lector se ve arrastrado no por el *qué pasará después*, sino por el *cómo pasará*.

En cuanto a la historia. *Un millonario inocente*, posee la suficiente ambición como para pretenderse imagen del mundo. La peripecia de un muchacho empuñado en encontrar los restos de un barco, el *Flora*, que transportaba un fabuloso tesoro huyendo de la inminente entrada de San Martín en Perú y que terminó hundido por el temporal cerca de las Bahamas, es también la manera de dar cuenta de un mundo sin otras referencias que las señaladas por el poder, de un mundo donde todavía se mata pero en el que ya no hay asesinos, un universo donde aún hay leyes pero ya no hay culpables, donde "los em-

pleados son tratados según la cantidad de orgullo que pueden permitirse". Un mundo corrompido que, sin embargo, el protagonista insistió en adaptar a sí mismo en lugar de optar por lo más razonable: adaptarse a él.

Tiburones

El protagonista se mueve en la metáfora de la sociedad —el mar plagado de tiburones— pero la sociedad es más cruel que sus metáforas. Un tiburón puede observarnos luego ignorarnos, y eso es buena fortuna, pero la sociedad nos puede "degollar por dos centavos", y eso es personalidad; está llena de canallas y "el sueño de un canalla es un hombre con un sueño".

Si algo hay que señalar es la capacidad del autor para suspender *nuestra incredulidad*. Sabe de lo que habla. Pero lo mejor es su causticidad. Uno puede encontrar tópicos algunos de sus juicios (alguno de los juicios de ese narrador omnisciente e hipercrítico), pero en la mayoría de sus apreciaciones



brilla una chispa chesteroniana que nos hará tirar de bolígrafo.

A uno le gustaría que el autor hubiera recogido algún cabo suelto pero al final se rinde siempre a los deseos del escritor, continúa leyendo cada vez más seducido. Que el desenlace no sea feliz, pero suponga el triunfo del desgraciado protagonista, puede tener algo de trampa emotiva pero no carece de grandeza, así que uno se conmueve con gusto. Al fin y al cabo, ¿no perdonamos los fina-

les felices de nuestras películas favoritas?

La ficción está perfectamente engarzada en la realidad y, en ocasiones (¿ya hemos dicho que al ver a Suárez por televisión, de pie frente a la pistola de Tejero, el protagonista recupera su fe en el hombre?), y en ocasiones, es la realidad misma. Se hacía necesaria una novela que se atreviese a situar una historia como ésta (que podría haber pensado Conrad) en un mundo tan complejo. Este buscador de tesoros es, a su manera, un robinsón, pero es un robinsón que no encontrará su verdadero barco más que hundiéndose con él.

Es esta pretensión de dar cuenta de una época lo que, finalmente, salvará a la novela de convertirse en un producto anticuado, excesivamente deudor de las novelas del XIX. Da para más para mucho y, aunque la deuda pesa aún hasta el punto de imponernos un dramatismo superado por otros autores, hay que reconocer que el producto le sale bien. Tiene algo de truco, de falsificación, de engaño consentido y aun deseado por el lector como uno de los tópicos de la comunicación narrativa, pero ya se sabe: sarna con gusto no pica.